

La iniciación cristiana ¿configura la espiritualidad del creyente?

*VICENTE M.ª PEDROSA**

INTRODUCCIÓN

En la vida cristiana existen numerosos procesos para la maduración permanente de la fe en su sentido integral. Uno de los componentes fundamentales que estos han de promover es la espiritualidad cristiana, que garantice una fidelidad y perseverancia firmes en la vivencia cristiana de cada día.

Todo proceso formativo cristiano tiene sus aspectos peculiares, según el tipo de espiritualidad que alimente: laical, religiosa o sacerdotal. No obstante, todo itinerario educativo cristiano tiene unas constantes nucleares, que responden a lo específico de toda espiritualidad cristiana. Estas características comunes provienen de aquel proceso cristiano paradigmático que la Iglesia promovió casi desde su cuna: la Iniciación cristiana, que realizó por medio del Catecumenado bautismal. En él se forjaban verdaderos creyentes y comunidades cristianas vivas y dinámicas.

Hoy, el proceso de Iniciación cristiana, la Iglesia lo ha actualizado en el Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos (RICA) y, con unas u otras variantes, se utiliza:

* Catequeta. Coordinador diocesano de comunidades cristianas. Bilbao.

- Para la preparación al bautismo de adultos no bautizados, que lo piden libremente y con motivaciones cristianas.
- Para los adultos bautizados de niños, pero que no han vivido una verdadera conversión ni han sido catequizados en verdad, y desean descubrir el cristianismo, asumir su propio bautismo y, quizá, celebrar algún otro sacramento iniciatorio aún no celebrado.
- Para adolescentes-jóvenes bautizados y eucaristizados, pero no confirmados, situación, bastante extendida, de hecho, en las diócesis españolas.
- Para niños no bautizados, pero ya en edad de escolaridad (entre los ocho y doce años), circunstancia que se extiende cada vez más, ya que muchos padres no quieren bautizar a sus hijos sin que éstos sepan lo que hacen.

Naturalmente, la respuesta a la pregunta del título de este artículo se refiere a los procesos llevados a cabo con los adolescentes y jóvenes y, especialmente, con los adultos que ingresan en el proceso catecumenal, bien para completar la Iniciación Cristiana, bien para apropiarse la experiencia iniciática y ser verdaderos bautizados: convertidos al Señor Jesús y a su Causa, el Reino; adultos con una primera madurez cristiana, y comprometidos con una comunidad o grupo cristiano y con la misión de la Iglesia en el mundo.

Así las cosas, retomamos la pregunta del título: estos procesos de Iniciación cristiana ¿configuran –aseguran– la espiritualidad de estos creyentes?

1. INICIACIÓN CRISTIANA Y ESPIRITUALIDAD CRISTIANA. APUNTES SOBRE SUS COMPONENTES FUNDAMENTALES

Recordemos a grandes rasgos los elementos que constituyen, tanto los procesos de Iniciación Cristiana, como la Espiritualidad de los seguidores de Jesús.

1.1. Componentes esenciales de todo itinerario de Iniciación Cristiana (IC)

a) La finalidad radical de la IC es la misma que la del Catecumenado bautismal de los primeros siglos del cristianismo. Éste «es una formación y noviciado, convenientemente prolongado, de toda la vida cristiana con el que los discípulos se unen a Cristo, su Maestro» (AG 14). La IC busca la unión («coniunguntur») de los catecúmenos o bautizados con la Persona de Jesús, busca «poner a uno no sólo en contacto, sino en comunión, en intimidad, con Jesucristo» (CT 5).

Así pues, la IC tiene un único objetivo: conducir al iniciado al encuentro con Cristo, de modo que en este encuentro pueda hallar su identidad más cabal: «vivir en Cristo y de Cristo resucitado». La IC, bajo la acción del Espíritu, lleva a cada uno a «re-hacer, en la propia historia (psico-socio-religiosa) la vida, actividad, actitudes y destino de Jesús de Nazaret» (M. Gelabert). Dicho de otro modo, la vida cristiana es un ejercicio para hacerse, día tras día, «hijos en el Hijo» con todas sus consecuencias, ejercicio que tiene su comienzo en el itinerario de la IC.

b) Objetivos consecuentes. Pero esta relación de vida con Cristo no es una vinculación cerrada. Es una comunión abierta a todo lo que Jesús mismo se sabía profundamente unido: a Dios, su Padre; al Espíritu, Señor y Dador de vida; a la Iglesia, su Cuerpo; a los hombres y mujeres, sus hermanos. De aquí surgen los otros objetivos de la IC:

- Cambio de vida y perdón de los pecados: conversión.
- Inmersión en el misterio y experiencia de la salvación del Padre, por Cristo, en el Espíritu: vivencia graciosa y en gozo del Dios amoroso, salvador y transformador.
- Acogida y aceptación de la convivencia y pertenencia a la comunidad cristiana: comunión.

- Participación en las tareas de edificación de la Iglesia y de transformación del mundo: testimonio, compromiso y misión.
- c) La IC logra esta finalidad y estos objetivos por su condición de proceso educativo-cristiano inspirado en la Pedagogía de Dios, que en los primeros siglos se institucionalizó con el nombre de Catecumenado bautismal. Hoy, este Catecumenado, actualizado en el de Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos (1972/1976), tiene las características esenciales siguientes:
- Es un proceso formativo por etapas progresivas, que responde a la historicidad con que se desarrolla la vida humana y al tiempo que la libertad humana necesita para madurar sus opciones religiosas.
 - Es un itinerario educativo en que se anuncia abundantemente la Palabra de Dios en forma de catequesis: bien kerigmática (para suscitar la fe), bien iniciatoria (para fundamentarla). Esta catequesis, en cuanto iniciatoria, ha de estar bien programada para que sea progresiva, y ha de orientarse al crecimiento de todas las dimensiones de la fe, empezando por su faceta experiencial de encuentro con el Señor, para una renovación espiritual y un cambio de vida reales.

Efectivamente, si uno de los objetivos del proceso de la IC es suscitar la experiencia de Dios salvador y liberador bajo la acción del Espíritu –con la seguridad de que no hay adhesión de fe más totalizante y transformadora, que la que procede de la vivencia inmediata y sentida de la misteriosa cercanía y amor de Dios a las personas– entonces, el proceso iniciatorio proporcionará el medio por excelencia: la escucha de la Palabra de Dios para encontrarse con Él: en diversos momentos oracionales, en testigos cristianos cualificados del Señor, en ámbitos litúrgicos... como se indica a continuación.

- Es un proceso jalonado de ritos y celebraciones. «Todos los ritos expresan la purificación de los catecúmenos o bautizados, al tiempo que sirven para salir airoso en su combate espiritual. Así se subraya

que el crecimiento espiritual es un don de lo alto, si bien supone un serio empeño del hombre. Así la Iglesia manifiesta también su presencia maternal, que acompaña y sostiene a los nuevos creyentes» (M. Ángel Medina).

- Es un proceso formativo comunitario «en comunidad». Porque es una formación comunitaria, la IC se realiza en grupo de personas con los mismos objetivos. Y porque se hace «en relación con la comunidad cristiana», el grupo catecumenal percibe la influencia testimonial de toda la comunidad, sea o no parroquial.
- Es una educación que lleva a ejercitarse en la vida cristiana. La convivencia frecuente entre los catecúmenos y bautizados con los miembros de la comunidad, con los padrinos, presbíteros, etc., les ayuda a ejercitar la oración según formas diversas, a ejercitarse en el trato fraterno, a aprender a dar testimonio cristiano en medio del mundo, a ayudar a las personas más indigentes...
- Es, en fin, un proceso formativo que sensibiliza a comprometerse en la transformación de las personas y de la sociedad. Es decir, lleva a revisar las actitudes y las acciones referentes a la actuación con los demás y a la mejora de las mismas estructuras de la sociedad. Incluso, hasta sugiere incorporarse a alguna organización comprometida con alguna tarea social, para sensibilizarse a sus métodos de acción. A su vez, el propio proceso educativo sensibiliza a cooperar activamente en la edificación de la propia Iglesia, asumiendo tareas de catequesis, de Cáritas, de liturgia, de pastoral de la salud..., dado que esto es necesario para fortalecer y asegurar el dinamismo de la Iglesia.

d) La profesión madura de la fe. Esta es la meta de toda la Iniciación Cristiana.

Si con todo este proceso iniciatorio, se han logrado la finalidad y los objetivos de la IC, arriba expuestos, el «iniciado o la iniciada» –como prueba de esta Iniciación realmente interiorizada– será capaz de «profesar su fe» en la

vida diaria, personal y social, es decir, de confesarla y dar testimonio de ella delante de los hombres. Sólo entonces podrá decirse que la Iniciación Cristiana está completa (cfr. IC 106).

1.2. La Espiritualidad cristiana. Sus rasgos fundamentales

Lo que caracteriza la espiritualidad actual es su interés por beber de las fuentes bíblicas, rescatando «toda la riqueza que en sus mismos orígenes tuvo la espiritualidad cristiana, entendida como caminar según el Espíritu o como la forma concreta de vivir el Evangelio a impulsos del Espíritu» (J. Lois).

En realidad, según lo dicho, la espiritualidad cristiana no es una abstracción, es la actitud básica y práctica, propia de toda persona cristiana, que va realizando la integración de todos los constitutivos de su persona o identidad personal desde su visión religiosa y, en concreto, desde la vida teológica alentada por el Espíritu de Cristo.

Los componentes radicales de la identidad cristiana, que nos hacen vivir como discípulos del Resucitado, son:

- La «vida en Cristo» o «el vivir en Cristo» con la novedad de vida que ello entraña, es el componente más básico y radical de la identidad cristiana (1 Cor 1, 30; Gál 3, 28). No se trata de una identificación moral con Cristo desde el esfuerzo de uno mismo, aun teniendo a Cristo como modelo de identificación; se trata, para el cristiano, de una vinculación ontológica, existencial –como el sarmiento a la vid (Jn 15, 1ss)– con Cristo. Así, el cristiano, estando en Cristo, participa vitalmente de su filiación divina, como «hijo en el Hijo» (cfr. Gál 3, 26; 4, 6-7); de su relación de fraternidad, pues «en Él somos todos hermanos» (cfr. Rm 8, 29; Col 1, 18), y de su relación de señorío sobre el mundo (Mt 12, 8; Col 2, 20).

Estas son las nuevas relaciones constitutivas del cristiano como nueva criatura en Cristo: vivirse hijo en el Hijo con respecto del Padre; ser y vivirse hermano de todos en el Hijo; vivirse con libertad y con gozo en el mundo, y todo ello bajo la guía del Espíritu.

- «Ser en la Iglesia». El cristiano no es primero cristiano y, una vez que es cristiano, se agrega a la Iglesia y colabora con ella según su generosidad personal. El cristiano es, desde su nacimiento sacramental, «un sarmiento» de la Única Vid verdadera, y «con los otros sarmientos» forma la Iglesia, radicada en la Vid verdadera-Cristo resucitado. Iglesia que es misterio –obra divina, fruto del Espíritu de Cristo–; Iglesia que es comunión –«signo e instrumento de la unidad con Dios y de la unidad de todo el género humano»–; Iglesia que es misión –Iglesia peregrinante, que anuncia y realiza misioneramente el Reino de Dios–. Estar radicado existencialmente en la Iglesia es un elemento constitutivo de la identidad cristiana.
- Participar del sacerdocio común por el bautismo. Desde los orígenes, éste es uno de los componentes existenciales de la identidad de los cristianos. Los creyentes, por el bautismo, participan del sacerdocio de Cristo (cfr. 1 Pe 2, 5.9. CCE 1268). Y ejercen su sacerdocio bautismal participando de la misión de Cristo en su triple función de sacerdote, profeta y rey. El sacerdocio común bautismal y el sacerdocio del ministerio ordenado se refuerzan mutuamente. La Iglesia tiene necesidad de ayudar a los fieles a interiorizar y a ejercer este don del sacerdocio común, para robustecer la identidad cristiana.
- Vivir la fraternidad cristiana. Este elemento constitutivo de todo cristiano ya está incluido en los componentes anteriores, pero conviene destacarlo. En realidad, lo que fundamenta la fraternidad es nuestra filiación en Cristo, el hecho de ser «hijos en el Hijo». El Unigénito (Jn 1,14), al hacernos participar de la relación con su Padre, se convierte en el primogénito de muchos hermanos (Rm 8, 29). Asegurada la fraternidad en la vida cristiana, ella es garantía para evaluar la identidad cristiana y factor que mantiene el dinamismo de la vida del cristiano.

- Ser seculares o estar inmersos en el mundo, para transformarlo. El cristiano no es un «en sí», pues se realiza en unas coordenadas sociológicas y biosicológicas concretas del mundo secular.

Por ello, al ser y al vivir cristiano pertenece, en primer lugar, la cercanía al mundo, tanto la sociológica, que lleva al creyente a compartir la fraternidad real de todos los hombres y a aceptar sus condicionamientos sociales, como la psicológica, que implica acoger los nuevos valores y sintonizar con las realidades del mundo contemporáneo, siempre para hacerlo más justo y fraterno, como lo exige la dignidad filial «en Cristo» de todo ser humano.

En segundo lugar, el verdadero cristiano valora esta secularidad entrañada en su ser a causa de la encarnación de Cristo, el Hijo de Dios, que «entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola en sí mismo» (GS 38). Así, el creyente vive su «ser en el mundo» desde su «ser en Cristo» y, viceversa, su originalidad cristiana la vive marcada por su inserción en el mundo secular, para el cual quiere ser instrumento de transformación según la novedad liberadora de Cristo resucitado.

Volviendo a la espiritualidad cristiana, ésta no es una palabra sin contenido. Por el contrario, significa ese clima existencial interior, peculiar de toda persona cristiana, que va unificando en sí todos estos componentes que constituyen su identidad personal cristiana, bajo la luz y el aliento del Espíritu de Cristo.

Siendo, tal vez, más precisos, esta unificación de los elementos constitutivos de la identidad cristiana, el creyente la realiza, de inmediato, desde la vida teologal, es decir, en coherencia con su realidad y conciencia teologal de ser hijo y hermano en Cristo e inmerso –encarnado– en la realidad de nuestro mundo, en la secularidad. Pero esta vida teologal –de fe, esperanza y amor– tiene su origen y está activada constantemente por «el Espíritu derramado en nuestros corazones» (Rm 5, 5).

En lenguaje personalista, el «hombre espiritual» –el *pneumatikós*– es el que vive su vida en la historia bajo el «dominio» del Espíritu vivificante de Jesús... Por eso, la espiritualidad debe considerarse «en el sentido estricto y hondo del término como el dominio (respetuoso y gozosamente acogido) del Espíritu» (G. Gutiérrez).

El «Hombre espiritual por excelencia, el *Pneumatikós*» es Jesús, «Ungido en plenitud, por obra del Espíritu», con la Resurrección. Porque la plenitud de la espiritualidad o vida según el Espíritu que conduce a la vida total, incluso tras la muerte, se realizará plenamente en nuestra resurrección, pero se anticipa ya en nosotros al vivir bajo el dominio del Espíritu en la historia de cada día. «La espiritualidad es adelantar en la fe la resurrección, es decir, la animación del cuerpo por la vitalidad inmortal del Espíritu» (P. Richard).

2. EL PROCESO DE INICIACIÓN CRISTIANA ¿CONFIGURA –ASEGURA– LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA EN LOS CATECÚMENOS O EN LOS BAUTIZADOS, QUE DESEAN COM- PLETAR SU INICIACIÓN CRISTIANA (SU RE-INICIACIÓN)?

En el enfoque que damos a esta cuestión en nuestro artículo, distinguimos dos planos: el terreno de los principios teológico-pastorales y el ámbito de la práctica pastoral

2.1. Desde la convergencia de los principios teológico-pastorales

Uno de los retos que asume la catequesis de la Iniciación Cristiana para expresar su vitalidad y eficacia es el de «moldear, a ejemplo de la catequesis de los Santos Padres (ss. II-VIII), la personalidad del creyente y, en consecuencia, ser una verdadera y propia escuela de pedagogía cristiana» (DGC 33; cfr. RICA núms. 1-40).

Esta escuela de vida cristiana, que son los diversos procesos de Catequesis de la IC, pretende lograr la meta y los objetivos arriba expuestos, que configuran la identidad cristiana de las personas. Esta identidad novedosa la expresan en la profesión de fe, que confiesan en la Iglesia y ante la Iglesia, pero que la viven en el mundo, al que le dan lo mejor de sí mismas para su transformación evangelizadora.

Este «hombre nuevo» que brota de la IC lleva consigo la espiritualidad de la persona «que se ha encontrado con Cristo y, atraído y transformado por Él, se ha convertido en adorador filial del Padre, en “habitado” y guiado por el Espíritu, en miembro de la Iglesia y en servidor del mundo» (cfr. CA núms. 133-138 y 165-171).

Así pues, teóricamente hablando, el proceso de la IC, en su estructura teológico-pastoral, está concebido ya desde el Catecumenado bautismal de la época de los Santos Padres, para forjar cristianos cualificados en su identidad cristiana, que entraña una fuerte espiritualidad evangélica. Y este proceso iniciatorio se ha actualizado, para nuestro tiempo, en el RICA.

Pero, este proceso actualizado ¿en qué grado resulta eficaz, en la *praxis*, para nuestros contemporáneos, es decir, promueve de hecho creyentes enraizados en una espiritualidad dinámicamente evangélica para nuestro tiempo?

2.2. En el ámbito de la práctica pastoral

Entre nosotros hay, sin duda, procesos de IC que promueven cristianos y comunidades de gran calidad creyente. Pero, no tratamos de hacer juicios valorativos concretos, sino de emitir modestamente una opinión personal y general sobre la eficacia de los procesos de IC en orden a asegurar una espiritualidad que garantice una vida cristiana sólida en el futuro.

Apunto tres escollos, quizá los más frecuentes, que desvirtúan los resultados de nuestros procesos de Iniciación:

a) La falta de un Equipo plural (edades, género, enfoques, cercanía a la realidad...), que elabore responsablemente un Proyecto iniciatorio –inspirado en el Proyecto diocesano, si lo hubiere– suficientemente desarrollado, y que esté comprometido en su seguimiento.

Probablemente el Equipo elaborador del proceso –si lo ha habido– ha «improvisado» el itinerario iniciatorio, es decir, no lo ha trabajado en una serie de reuniones, con documentación previamente reflexionada, sobre puntos concernientes a la Iniciación y a la situación personal y coyuntural en que se va a llevar a cabo.

Estos encuentros deberían haber abordado: un análisis suficiente psicosociológico de la realidad de los futuros catecúmenos con sus valores y aspiraciones humanas; el estudio de una documentación sucinta, pero teológicamente rigurosa, sobre los fundamentos de la iniciación cristiana; unas orientaciones pedagógico-catequéticas para la iniciación en nuestros tiempos; un planteamiento de la formación de los catequistas-animadores; un coloquio de persona a persona con cada una de las candidatas al proceso iniciático...

Y todo esto para confeccionar un primer esbozo de proceso de Iniciación, que luego se va perfeccionando y completando, hasta lograr elaborar: los objetivos, pistas de diálogos sobre la realidad y algunas experiencias personales, mensajes bíblicos, testimonios cristianos, pistas para la oración, expresiones humanas y cristianas más adecuadas de interiorización... de cada uno de los 8 o 10 núcleos temáticos anuales. Así, los animadores podrían disponer de un proceso desarrollado para utilizarlo con suficiente flexibilidad.

La falta de un Proyecto de Iniciación Cristiana equilibradamente desarrollado suele ser causa frecuente de una Iniciación no consolidada.

b) La «debilidad cristiana» de las personas candidatas.

Este es un «hándicap» más distorsionador de lo que parece en orden a alcanzar la madurez espiritual del creyente. A menudo, las personas que acceden al proceso de IC lo hacen sin el «minimum» de experiencia de fe. Sin la «fe inicial». Su experiencia de encuentro con el Padre o el Resucitado es deficiente, y hasta muy deficiente. Estas personas aún no han descubierto a Jesús ya presente, en cuanto Resucitado y Viviente, en lo profundo de su interioridad, por lo cual carecen de la experiencia religiosa de su cercanía.

Los responsables de la pastoral actual, desde los obispos a los laicos, no acabamos de asimilar que la nuestra es una sociedad misionera, es decir, que la mayor parte de sus miembros no están en condiciones de incorporarse, de inmediato, al proceso iniciatorio o catequesis de Iniciación para apropiarse la identidad cristiana, sino que necesitan un tiempo para realizar una verdadera conversión, que el RICA llama «precatecumenado»: «Este tiempo tiene gran importancia y no se debe omitir ordinariamente»... «Espérese (para ingresar en el Catecumenado de Iniciación) hasta que los candidatos, según su disposición y condición, tengan el tiempo suficiente para concebir la fe inicial y para dar los primeros indicios de su conversión» (cfr. RICA nn. 9 y 50,1). «Sólo a partir de la conversión, y contando con la ayuda interior de “el que crea”, la catequesis (de Iniciación) podrá desarrollar su tarea específica de educación de la fe» (DCG núm. 62).

Pero, a los responsables de los procesos iniciatorios nos suelen faltar:

1. Coherencia entre los principios y la práctica: primero, la fe-conversión, luego, la catequesis iniciatoria y los sacramentos de la Iniciación.
2. Utilizar unos procesos sencillos, pero eficaces, para ayudar a la conversión religiosa al Señor.
3. Paciencia evangélica para aguardar esperanzadamente los signos inequívocos de la «primera fe».

4. Perseverancia para ayudar a recorrer las etapas del proceso, que lleva a hacer un cristiano y a construir unas comunidades vivas.

c) La falta de unos Catequistas-animadores capacitados para el menester de la Iniciación Cristiana en la cultura de la satisfacción material, de la insatisfacción humana y de la autosuficiencia religiosa.

- Probablemente ésta es la causa más influyente en la ineficacia de nuestros procesos de Iniciación. El Vaticano II llama al catecumenado para la Iniciación «no una mera exposición de dogmas y preceptos, sino formación y noviciado convenientemente prolongado de toda la vida cristiana» (AG núm. 14). Las Órdenes y Congregaciones religiosas saben, desde tiempo inmemorial, la trascendencia del noviciado y de los/as maestros/as de novicios/as para la interiorización del carisma fundacional.
- Los responsables diocesanos —empezando por los propios Pastores— debiéramos poner en práctica esta misma experiencia de la vida religiosa —que arranca desde los primeros balbuceos de la Iglesia— de cuidar exquisitamente la formación y designación de aquellos y aquellas que van a ser los y las catequistas por excelencia: los y las destinadas a los procesos de Iniciación Cristiana (cfr. DGC núms. 220-223).
- A su vez, entre las tareas de los presbíteros destaca promover en sus parroquias el sentido de la común responsabilidad hacia la catequesis como seno materno de la Iglesia en el ámbito local, y, por tanto, de cuidar con esmero la preparación de los y las catequistas de la Iniciación Cristiana. «La experiencia atestigua que la calidad de la catequesis de una comunidad depende, en grandísima parte, de la presencia y acción del sacerdote» (DGC núm. 225).
- En esta cuestión de la IC, es preciso recuperar el lugar de la familia. Esta como lugar de catequesis doméstica, tiene un carácter único: «transmite el Evangelio enraizándolo en un contexto de profundos valores humanos. Sobre esta base humana es más honda la iniciación

en la vida cristiana: el despertar del sentido de Dios, los primeros pasos en la oración, la educación de la conciencia moral, la formación en el sentido del amor humano... En esta catequesis familiar resulta siempre muy importante la aportación de los abuelos» (DGC núm. 255)

- Respecto de esta catequesis familiar, obsérvese que muchas familias, aunque hayan abandonado la práctica dominical, siguen siendo creyentes e incluso educan a sus hijos en valores humanos, que son valores del Reino, a pesar de que los hijos no sean conscientes de su fuente evangélica. Con estos padres merece la pena trabajar, aunque no sean muchos, ya que, «en tiempos recios» de misión, lo que importa es detectar los «signos del Espíritu» –y estos padres los manifiestan– y soplar confiada y pacientemente sobre esas «brasas», hasta que surjan la llama y el calor de «la fe y el amor primeros». ¡Estos noveles cristianos serán «hijos» de muchas lágrimas! (cfr. núms. 253-255).
- Algunas fuentes fecundas de estos catequistas acompañantes con buena preparación para la Iniciación o Re-iniciación cristiana, o con capacidad de asumirla, pueden ser: las madres cristianas jóvenes con experiencia de catequesis; jóvenes que, tras el catecumenado de confirmación, actúan como animadores de alguna comunidad joven; profesores o profesoras de Religión con rodaje en catequesis parroquiales; miembros de asociaciones, comunidades eclesiales o movimientos con experiencia de animación de grupos...
- Estos catequistas, animadores de los procesos de la Iniciación Cristiana para nuestro momento histórico con sus valores, sus desafíos y sus sombras, necesitan llegar a ser: personas de fe profunda; de una clara identidad cristiana, personal y eclesial; de una inquietud misionera, esperanzada y paciente, y de una honda sensibilidad social. Esto supone, para la mayoría de ellos, estar vinculados a algún tipo de movimiento, asociación, comunidad eclesial, o grupo cristiano

estable, que sea el suelo nutricio de su personalidad cristiana, de su espiritualidad y de su dinamismo misionero (cfr. DGC núm. 237).

CONCLUSIÓN

Espero que mis reflexiones hayan dado alguna luz sobre algunos aspectos en que hay que ayudar a cultivar la espiritualidad cristiana, dentro de los procesos de maduración de la fe.

BIBLIOGRAFÍA

- BOROBIO, D., *Catecumenado para la evangelización*, San Pablo, Madrid 1997.
- CASTELLANO CERVERA, J., «Iniciación cristiana», en St. de Fiores, T. Goffi, A. Guerra, *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Ed. Paulinas, Madrid 1983, pp. 707-721.
- COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Catequesis de Adultos*. Orientaciones pastorales, Madrid 1990.
- CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis*, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1997.
- CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO, *Ritual de la Iniciación Cristiana de los Adultos*, Comisión Episcopal Española de Liturgia, Madrid 1972-1976.
- ELLACURÍA, I.-LOIS, J., «Espiritualidad», en C. Floristán-J. J. Tamayo, *Conceptos fundamentales del Cristianismo*, Trotta, Madrid 1993, pp. 413-431.
- GAMARRA, S., «Espiritualidad cristiana e Identidad cristiana», En *Nuevo Diccionario de Catequética*, San Pablo, Madrid 1999, pp. 820-827 y 1166-1176.
- LÁZARO, R., Opciones pastorales básicas en el documento episcopal «La iniciación cristiana: Reflexiones y Orientaciones», en *Actualidad Catequética* 183 (1999) pp. 123-154.
- LÓPEZ, J., «Catecumenado e inspiración catecumenal», en V. M.^a Pedrosa, M. Navarro, R. Lázaro, J. Sastre, *Nuevo Diccionario de Catequética*, San Pablo, Madrid 1999, pp. 281-295.
- VARIOS, Jornadas sobre la iniciación cristiana, *Ibidem* 182 (1999). En especial los artículos de M. De Campo, Mons, P. Tena y F. Ferrer.
- VARIOS, «La iniciación cristiana», número monográfico de «*Teología y Catequesis*» 72 (1999) En especial, los artículos de A. López, M. A. Medina, M. Gelabert y F. Garitano.